

Virrey Don Antonio María de Bucareli. La extensión era de 3<sup>tes</sup> 908 y contaba 904 arcos.

También este Acueducto fué destruido por tramos quedando en pie la hermosa fuente del "Salto del Agua," y destruida la que se halla-



CAJA DE AGUA EN LA CALLE DE LA MARISCALA Y PRINCIPIO DE LA DE SANTA ISABEL.

ba cerca de Chapultepec y de la calzada de Tacubaya.

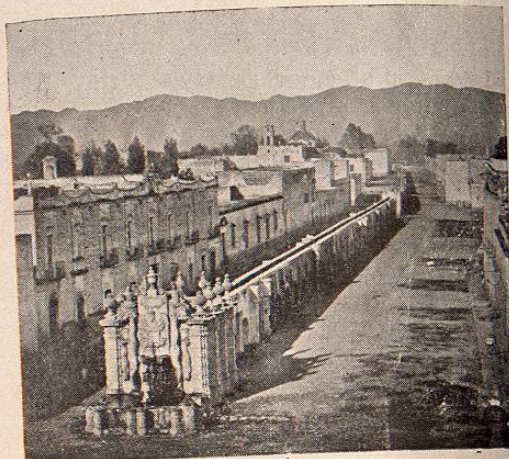
Otra de las típicas fuentes de la Capital, propia de las construcciones antiguas, era la que se levantaba en la plaza de Santo Domingo, frente al portal del mismo nombre. Era de forma circular con un tosco pilón en el centro que vertía el agua por cuatro canalillas y se hallaba coronado por una águila parada en un



FUENTE DE LA TLAXPANA.

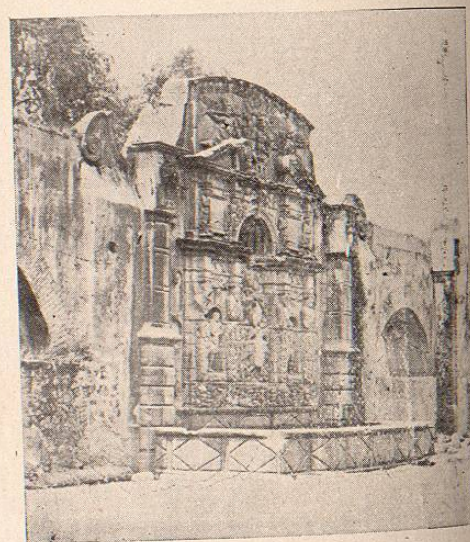
nopal, en actitud de emprender el vuelo. Esta circunstancia dió origen á la creencia vulgar de que dicha fuente señalaba el lugar de la tradición azteca que por resultado dió la de fundación de la famosa Tenochtitlan.

De las tres fuentes que había en el Paseo de Bucareli la del centro llamada de Guerrero, estrenada en 1829, era la notable pues no carecía de mérito artístico; fué destruida para levantar en su lugar el monumento á la memo-



FUENTE DEL SALTO DEL AGUA Y ACUEDUCTO DE CHAPULTEPEC.

ria del Sr. Juárez. La fuente era de grandes dimensiones en cuyo centro se levantaba un templete circular con cuatro pórticos, correspondientes á los cuatro vientos, y separados por columnas gemelas de orden jónico, las que sostenían el entablamento dórico. De ésta



FUENTE DE CHAPULTEPEC.

arrancaba una construcción piramidal sobre la que descansaba la estatua alusiva á la Independencia. Sobre dicho entablamento, en las partes correspondiendo á los pórticos, se veían cuatro estatuas recostadas, apoyando las ca-

bezas en la cornisa, y en los ángulos cuatro tritones que vertían el agua por las bocas, en tanto que ocho macetones de piedra, distribuidos simétricamente en el vaso circular de la fuente, arrojaban el agua, en pabellón, por sus bolas de coronamiento.



FUENTE DE SANTO DOMINGO.

Las otras dos fuentes del Paseo de Bucareli no eran de importancia: una fué destruida para colocar en su lugar la hermosa estatua de Carlos IV, y otra próxima á la antigua garita de Belem derribada para despejar la calle que sustituyó á dicho paseo.

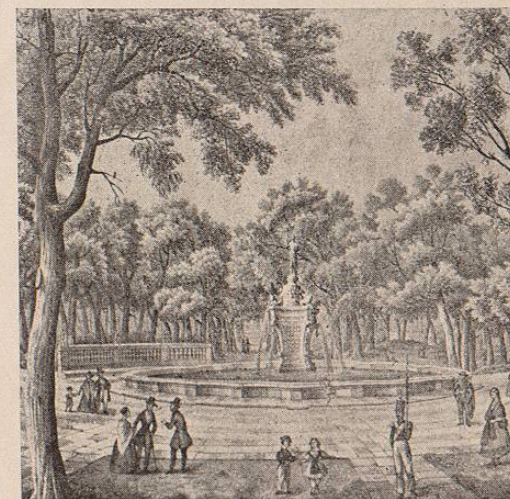


FUENTE DE BUCARELI.

La fuente de la Alameda, se componía: del brocal recortado y estipite de mampostería, (pilastra á manera de pirámide invertida) con labrados de escamas alternadas en las cuatro faces curvas, limitadas en los ángulos por molduras y terminadas en modillones, que soste-

nían el cornisamento; en cuyos ángulos, respectivamente, se hallaban cuatro leones que arrojaban agua por la boca y, por último, un pedestal circular y sobre éste la estatua de la libertad, coronaban el monumento.

Hoy la fuente principal de la Alameda es



ANTIGUA GLORIETA CENTRAL DE LA ALAMEDA.

de fierro colado y de muy distinto aspecto.

La fuente de Zuleta en la calle de este nombre se hallaba embutida, con su techo abovedado y el brocal recto en dirección del muro que pertenecía al antiguo convento de San Fran-



GLORIETA CENTRAL DE LA ALAMEDA (ESTADO ACTUAL).

cisco, en la acera de dicha calle que mira al Sur, y próxima á la esquina de San Juan de Letrán. Todavía se advierten las pilastras y el arco de cantería que sostenían la bóveda.

La de la plaza del Colegio de Niñas, tenía su brocal rectangular y saliente ante el muro de

la casa que fué reemplazada por el edificio del Banco Hipotecario.

La de Corpus Cristi era circular y se hallaba en medio de la avenida frente al templo de aquel nombre, (vease el grabado del artículo "Capuchinas de Corpus Cristi.")

Otras fuentes semejantes á las de Zuleta y

Colegio de Niñas, estaban distribuidas en muchas calles, como San José de Gracia, San Miguel, Cervatana, Real de Santa Ana y Nuevo México.

Semejantes á la de Corpus Cristi eran las de Regina, San Fernando, San Sebastián, etc., etc., todas las que sumaban 61.



GLORIETA Y FUENTE DE LA ALAMEDA.

## XII

### EL BARBERO.

LOS barberos han sido en todos tiempos fruta abundantísima, y los ha habido de dos clases, unos que hacían la raspa por medio del acerado filo de la navaja y otros que la ejecutaban con el oportuno y buen manejo de la lengua ó de la pluma; mas antes de presentarte, amable lector, un tipo de los de la primera especie, conviene que conozcas, una Barbería. Era ésta comunmente una accesoría grande de planta cuadrada, con el lujo de tener su cielo raso pintado, en cuyo centro se ha-

llaba suspendido un quinqué de aceite, en el punto en que se cruzaban dos largas cintas de lienzo que seguían las diagonales de la pieza, á fin de que en ellas y no en otra parte, hiciesen las moscas sus gracias consabidas. En las paredes, media docena de cuadros dorados con estampas iluminadas que representaban los principales episodios de la vida de Santa Genoveva, de Mazzeppa ó de Gil Blas, alternaban con la efigie de algún Santo y con varios objetos de diversas formas y usos diferentes, tales

eran: una guitarra, un estuche de cuero negro pendiente de largas correas, con media docena de navajas, la bacia de metal, pieza tan indispensable como la del estuche para el barbero, pues con ella salía particularmente las mañanas de los domingos, para desempeñar su oficio en algunas casas particulares, y por último, dos ó más espejos montados sobre sus respectivas consolas, en cuyas cubiertas de palo blanco pintado á imitación del mármol, se veían uno ó dos frascos de aceite de macasar, botes con pomada de toronjil que trascendía á largas distancias, cepillos y cañas de rizar el pelo, de mucho uso en la época. No faltaba el braserillo con lumbré en el rincón cercano á la puerta ni, en el umbral, un gallo giro amarrado de una pata, junto al mollejón. Como el barbero era en esos felices tiempos el colega, ó más bien dicho, el cómplice de los doctores sangrados y dentistas, razón por la cual se aplicaba el pomposo título de flebotomiano, tampoco faltaban en las susodichas consolas, tenazas para desdentar al prójimo y algunas ventosas de vidrio, y en el umbral de la puerta, un gran lebrillo con agua, en la que se veía mover la masa compacta, informe y negruzca de las sanguijuelas.

Había barberías desde las más humildes en que se trasquilaba al indio, por cuartilla, hasta las de más categoría en que se *rasuraba y cortaba el pelo por dos reales*, según rezaban las muestras. Las primeras hallábanse situadas principalmente en la plaza del Volador y en otras como la del Baratillo, siendo fácil distinguirlas á la simple mirada, por su suelo regado de mechones negros como el azabache, y los paredes entapizadas con malas estampas litográficas y con anuncios de corridas de toros y de *maromas*, y en medio de todo eso, sentado muy tieso en su silla un indio, con una sucia toalla echada al cuello, frente de una mesa con espejillo de mala muerte, y de pie, junto al indio, el barbero que metía sus grandes tijeras, por acá y por acullá, sin ton ni son, por la enredada guedeja de aquél su cliente. Otras veces era un hombre del bajo pueblo, el que se entregaba á discreción en manos del figaro de nueva especie, quien introducía el pulgar de su mano izquierda en la boca de aquel individuo para levantarle el carrillo á fin de que la tirantez de éste, facilitase el ra-

pe. Generalmente estos establecimientos sólo tenían por muestra una tablita que pendía de un gancho, y en la cual solamente se hallaba escrita esta palabra: "Barbería."

Los demás establecimientos eran otra cosa, según has podido observar, amable lector, por lo que te he manifestado al principio, y así sólo añadiré que eran conocidos por los títulos que tenían sobre sus puertas, y eran de este estilo: "Barbería del Buen Tono."—"Fulano de tal, Profesor en Flebotomía" y así los demás.

\* \* \*

Tan aptos eran los barberos para poner y curar los cáusticos y aplicar sanguijuelas y sangrías, como para dejar mondas las cabezas, rizar la cabellera, afeitar con suavidad de navaja y convertir en castaño ó negro el pelo blanco, para lo que sabían también confeccionar tinturas *ad hoc*; tan buenos eran para entonar cancioncillas nacionales y tocar en la vihuela un jarabe pespunteado, la Pasadita ú otros sonecitos del país, cuando su oficio les permitía un descanso, como formar parte de las músicas de cuerda para bailes. Unas veces sus canciones eran festivas, como la que sigue:

A mí me picó un mosquito,  
Más abajo de la ceja;  
No siento tanto el piquete,  
Como la roncha que deja.

Alternaba esta tonadilla con otras alegres canciones que estaban en voga, como



Arrima tu butaquito, cielito lindo,  
Siéntate en frente;  
Ya que tú no me quieres, cielito lindo,  
Yo quiero verte.  
¡Cuántas veces me engañaste